

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.

Giro bancario sobre
Nueva York

“Concho”, palabra de una particular significación en Costa Rica

(En el Rep. Amer.)

“Y vinieron a él su madre y hermanos; y no podían llegar a él por causa de la multitud.

“Y le fue dado aviso, diciendo: Tu madre y tus hermanos están fuera, que quieren verte.

“El entonces respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la ejecutan”.—San Lucas.

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer otra vez.

“El viento de donde quiera sopla, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a donde vaya: así es todo aquel que es nacido del Espíritu.—San Juan.

Quizás los costarricenses no se hayan dado cuenta de lo amplia y expresiva que resulta su tan usada y corriente palabra *concho*.

Pareciera que el estado presente de las cosas y toda la complejidad de esta hora que vivimos, contribuyeran a darle a esta palabra una evidente actualidad.

Para aclarar los alcances de *concho* y ahondar su contenido habría que entender el vocablo como Costa Rica lo acepta. Ningún diccionario concuerda expresamente con nuestra manera de entenderlo y usarlo.

Recuerdo una vez que una amiga me dijo que tan *conchos* que son los españoles. Luego, pensando yo en esto, que tiene mucho de verdad, me he contestado la cuestión considerando que ser tal, implica usar un alto porcentaje de Edad Media en las actuaciones, posturas, métodos, usos y costumbres de cada quien.

Y geográficamente, la Edad Media entre nosotros parece estar situada en el campo, sin que por eso deje de tener colonias, protectorados, dominios y posesiones dentro de la urbe. A la ciudad le da vergüenza ser *concha*, aunque fundamentalmente no deja de serlo. El *concho* es *concho* escuetamente y cuando trata de no serlo, más y más trágicamente *concho* se pone.

Un gran poeta costarricense escribió un libro de versos que se llama *Concherías*. Usa en ellos el lenguaje campesino:

ansina—así

truje—traje, de traer

espiar—ver

mercar—comprar.

Muchas de estas palabras se conservan como castellano antiguo o son corrupción del mismo. Para el campesino el lenguaje no evoluciona, o se modifica por economía gramatical el mismo vocablo de antiguo empleo.

Cosa semejante ocurre con las costumbres y el indumento. A todo lo caracteriza una especie de mortal estagnación, de inercia, de conservatismo, de un vano e inútil correr del tiempo y transcurrir con celeridad centurias y milenios. El fenómeno es monstruoso, es pavoroso si se considera socialmente, pero al decirlo así, se incurre en el peligro de que los *conchos* cívicos nos motejen de locos.

Porque el hombre civil vive encantado de que haya una enorme población campesina, pintorescamente anacrónica e ingenua, ignorante, supersticiosa y bárbara, ancestralmente saturada de incivilidad, que lo divierta con su inveterada torpeza y su desgarrado desaliño. Y en el chauvinismo romántico de este hombre civil se

asegura que Costa Rica perderá su soberanía y su autonomía, su gran fuste de Señora Nación, el día que por un malhadado acontecimiento catastrófico-social, desaparecieran: el boyero con la carreta, el eterno campesino de pie en el suelo y la vendedora de tortillas. Tienen razón, Ese día ni el himno mismo se podría cantar, porque habría que sustituir con algo más nuevo y moderno lo de la “tosca herramienta” y el “labriego sencillo”.

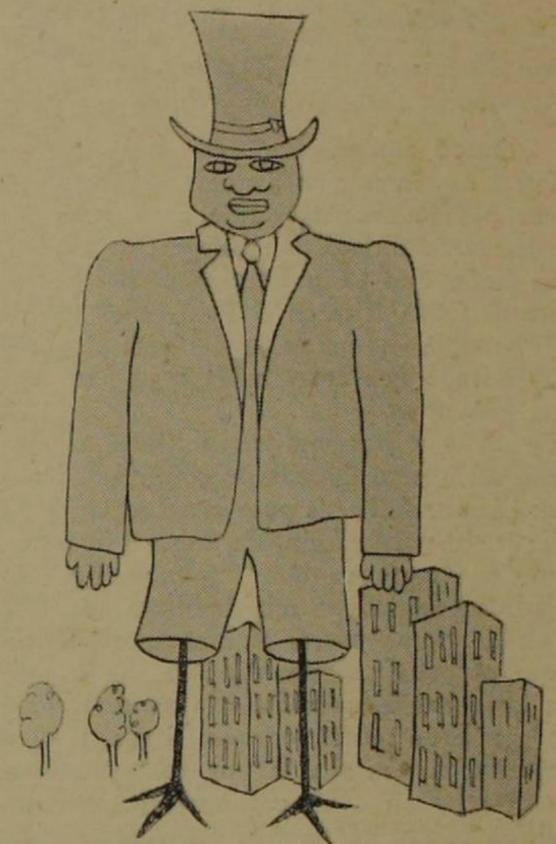
Volviendo al aspecto puramente lingüístico del asunto este, tendríamos más o menos que, según las anteriores disquisiciones, ser “concho” en Costa Rica, es adolecer de una ostensible y marcada incapacidad para ponerse uno al nivel de la cultura y la civilización. Es quedarse empírico, conservador, retrógrado en proporción desesperante, supersticioso y bárbaro. Y es para mayor abundamiento, tener el ademán grotesco, el “carajo” a flor de labio y la salida siempre inoportuna del ignorante de solemnidad que hacen de un tal tipo, ante el hombre medio civil, objeto de irrisión. Todo esto podría ilustrarse mejor con el cuento aquel que los papases o los abuelos de uno le cuentan que le ocurrió a unos representantes diplomáticos nuestros del tiempo de don Tomás Guardia. Cuando dichos señores iban en el buque y uno de ellos vió por primera vez unas escupideras cerca de los asientos, llamó a un sirviente para decirle:—“Quíteme esos platos porque los escupo”.

De anotar es la concepción fatal o quietista que el hombre de la ciudad tiene del *concho*. Aquel en su simplismo cree que se nace *concho* como se creía Aristóteles, se nace esclavo. Lo de que un señor que, según dicen en Costa Rica, “nació descalzo”, llegara a presidente, fué un milagro que la Santa Democracia hizo, cuando tenía suficiente santidad para hacerlo. Hoy ya no podría intentarlo.

En antiposición al *plattillo*, el caballero de la ciudad, con modales más suaves y correctos, más acicalado y de mejor gusto, tal como éste se entiende, si el tal es por ejemplo llevar unas pulgadas más de tela que transformen la chaqueta en saco, y pluma de fuente en bolsa en lugar de machete en cintura, cree también gozar de las especiales gracias y dones de un Hado que con él fué más benévolo y lo favoreció con mejor suerte. Esta es la manera pueril, por no decir estúpida, como entienden todos nuestros hijos de vecino, este absurdo intrínquis social, que algunos pocos contemplamos estupefactos de que prevalezca.

Las alarmantes proporciones del despropósito incitan a ahondar la cuestión, seguros de que en último análisis toda la tan sonada cultura urbana no viene a ser más que una insoportable *conchería* refinada y que la barbarie campesina es un fenómeno social como cualquier otro, un efecto que como tal no puede existir sin causa, la cual no es otra que la barbarie cívica, disfrazada con togas, levás, mitras y academia.

Si esos señores del indumento aparatoso y espectacular creen tener derecho de reírse del empirismo de los *conchos* porque han clasificado las enfermedades en los consabidos dos



Gigante con pies de yigüirro

grupos: “pasma” y “calor”, por qué no ha de haber quién se ría de ellos, que en su profundo empirismo han clasificado de hecho y en cruel realidad, la gran masa humana que puebla una nación en otros dos grandes grupos: “conchos” y “decentes”.

Ahora, si de modo tan antojadizo vengo enderezando clasificaciones se me preguntará entonces:—Dónde está el más alto buen tono—la verdadera cultura, la élite que dirige, el iniciado que señale rumbos ciertos?

Todo eso está en el Evangelio y a él sólo puede uno atenerse para ir diciendo las cosas en forma como ésta. Graciosa elegancia es antítesis de cuanto sea montaraz, rasero y pedestre. Cristo proclama aristocracia de Espíritu. De esto se dice él hijo y un divino rubor lo embarga cuando le recalcan la otra oriundez, la carnal. Y en esta actitud hay sobre todo, la depuración total de todas las vulgaridades. En ella no encontramos un infinitésimo por ciento de *conchada*. Todo es buen gusto, pulcra altivez, dignificación. Y todo a base de cultura, de conciencia, de acatar inviolables principios de justicia y derecho. Porque bien estudiados, por ejemplo, los nacionalistas no son otra cosa que esos “hijos de la carne” que Cristo tan acerbamente anatematizaba.

Toda la política compadriera de derecha está basada en ese *conchísimo* énfasis que los *conchos* hacen de lo genealógico, lo patronímico, lo consanguíneo; la parentela, la cosa puebluna, el nepotismo, que levanta ineptos y excluye aptos, el papá, el hermano, el tío que empiezan en familia y terminan en raza, los hijos, “los hijos de la carne”, la sacrosanta mística del ombligo que no requiere ritos ni liturgias en que intervenga la inteligencia.

La idea tan corriente en nuestras repúblicas de que los presidentes deben poner de ministro de guerra al hermano porque si no viene el cuartelazo, es *conchada*, es una manera cerril y remota de entender las cosas. En cambio, nadie nos habla de los hermanos de Stalin ni de

(Pasa a la pág. anterior).